

# Historias de frontera

## Las virtudes de lo inclasificable

Maia F. Miret

*Los textos más difíciles de clasificar esconden a menudo joyas para jóvenes lectores, maestros y promotores de la lectura*

En efecto, tratábase de una aglomeración infinita de infusorios pelágicos, noctíluas miliars, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana, provistos de un tentáculo filiforme, de los cuales se contaron hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. La luz que irradiaban se duplicaba aun por aquellos fulgores peculiares de las medusas, de las asterias, de las aurelias, de las foladas y otros zoófitos fosforescentes, impregnados de las grasas de las materias orgánicas descompuestas por el mar y, quizás, de la mucosidad que segregan los peces.

¡Fue un embrujo el deslumbrante espectáculo! Quizá se había desencadenado una tempestad en la superficie del mar.

No parece que se les ocurra morder alguna vez, pero cuando están muy asustadas exudan una gota de fluido por la nariz. Arroje una, varias veces,

tan lejos como pude, en un profundo charco que dejó la marea al retirarse, pero invariablemente regresó en línea recta al punto en el que me encontraba. Nadó cerca del fondo, con un movimiento muy rápido y gracioso, y ocasionalmente se impulsó por el suelo irregular con ayuda de las patas. En cuanto llegó al borde, pero aún bajo el agua, trató de esconderse entre matas de algas o se introdujo en alguna grieta. Cuando pensó que el peligro había pasado, salió arrastrándose sobre las rocas secas, y escapó reptando lo más rápido que pudo. Atrapé al mismo reptil varias veces, acorralándolo en el mismo lugar, y aunque poseía capacidades natatorias tan perfectas, nada lo inducía a entrar al agua...



Para quien no lo haya adivinado aún, el primer fragmento proviene de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. El narrador es Pierre Aronnax, un biólogo atrapado por el excéntrico y terrible capitán Nemo, y cuyo viaje es lo mismo un calvario, por su cautiverio y la sed de venganza de su brillante captor, que una auténtica odisea científica. Por eso el libro está escrito en la forma de un diario de viaje, casi indistinguible en estilo —a tramos— del segundo fragmento, que, seguramente lo han adivinado también, ya que es un episodio muy famoso, está tomado de *El viaje del Beagle*, de Charles Darwin. El animal que el naturalista arroja una y otra vez al agua, con algo que parece crueldad pero que no es más que curiosidad científica, es una de las iguanas marinas endémicas de las Galápagos.

Éste es un ejemplo interesante de las convergencias que ocurren en cierto tipo de géneros, como las autobiografías y las biografías literarias, los diarios y las crónicas de viaje, que bien podemos llamar limí-

trofes o fronterizos o híbridos o inclasificables, porque deciden ignorar las fronteras entre la literatura y esos otros libros, los vilipendiados y prosaicos volúmenes de “no ficción”.

Le debemos la curiosa nomenclatura de *ficción* y *no ficción* a los anglosajones, que nunca se rompen demasiado la cabeza con esas cosas, y la verdad es que resulta muy práctica aunque incluya una definición en negativo; sin embargo, habrá puristas a quienes les ponga los pelos de punta. En México, y en América Latina, España y Francia, se han acuñado otros nombres, especialmente para el terreno de los libros para niños: libros informativos, de conocimiento, documentales o de información, pero a diferencia de la agradable vaguedad que permite el término *no ficción* —después de todo incluye libros de cocina, biografías de deportistas, chismes, manuales de carpintería—, describir los libros por sus atributos puede resultar una promesa —o una amenaza— con frecuencia incumplida.

Es como si, pertrechados tras una barrera de libros de ciencia y filosofía, ensayo e historia, ciertos editores malintencionados decidieran llamar a la literatura “libros de entretenimiento”, o peor aún: “libros para divertirse”. ¿Qué pasaría con los poetas malditos y los novelistas torturados de nuestro tiempo? ¿Qué tan bien se sentirían representados Joyce y Melville y

los escritores vanguardistas? ¿Protestarían? Seguro que sí, y harían bien, aunque ellos mejor que nadie deberían entender que la clasificación es una tirana de los humanos, tan útil como tentadora.

Lo cierto es que existen libros para niños con una clara vocación informativa, o de divulgación, que es el término que mejor describe la actividad de discutir, con un público voluntario, temas de corte por lo general académico, por ejemplo ciencias naturales y sociales, economía, política, filosofía y otros semejantes.

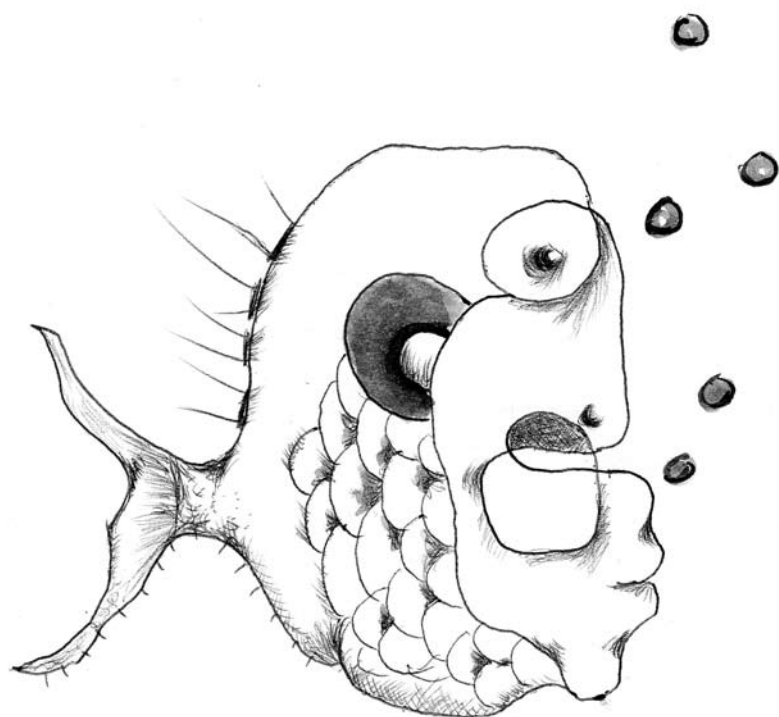
Dorling Kindersley, la editorial británica que ha dominado el género de los libros de ciencia para niños durante casi cuatro décadas, es un claro ejemplo de esta intención unívoca. El éxito de su modelo —casi una franquicia— deja claro que hay un público para este estilo de presentar información, mediante imágenes llamativas y textos atomizados que funcionan formalmente como pies de imagen y que no tienen relaciones explícitas entre sí. Estos libros permiten una lectura lexicográfica, es decir, guiada por el hilo de las imágenes, y no de las relaciones entre las ideas que habitan cada párrafo.

Hay autores, como María Isabel Borda Crespo, que se preguntan si este entrenamiento para la lectura atomizada posibilitó los modelos de lectura presentes en Internet (y tal vez los estilos gráficos), una idea que parece al menos digna de investigarse,

especialmente si se tiene en cuenta la enorme cantidad de materiales que surgieron a la zaga del modelo Dorling Kindersley y que son hoy casi sinónimos de libros de divulgación.

Y sin embargo, a pesar de este panorama ligeramente apocalíptico, resulta que el modelo de los textos atomizados ha empezado a caer en desuso, tal vez porque Internet ha suplido algunas de las necesidades de investigación y entretenimiento de los lectores menos refinados, que muchas veces eran el público exclusivo para este tipo de materiales.

En su lugar, y especialmente en América Latina, ha surgido una nueva generación de libros que se caracterizan por sus concepciones originales sobre la forma de presentar un tema, al depender menos de las categorías académicas que dominan los libros de texto, y por presentar textos unificados, concretos, que permiten exponer argumentos en forma ordenada y lógica.



También hay editores que han sido capaces de sacudirse de la conciencia las fronteras curriculares para explorar ideas en toda su complejidad; así aparecen obras que conjugan ciencia, arte, filosofía, sociología, historia e incluso psicología para investigar temas como los sueños, los animales, las vanguardias artísticas o la vida de los grandes hombres.

Con creciente insistencia, los editores de libros de divulgación han tomado prestados los recursos retóricos y formales de los libros literarios para toda edad, y han creado quimeras como libros de ciencia para bebés, cómics científicos y el improbable pero fructífero género de la poesía de divulgación.

Entre ellos se encuentran *La luz*, de Libros del Escarabajo, un *board book* o libro de cartón que presenta bajo diferentes formas el fenómeno de la luz, para que niños que aún no saben leer comiencen su exploración al respecto; *Galileo y el telescopio*, de Susana Biro, con ilustraciones de Bef, inspiradas en el cómic, y los libros de poesía informativa de Alfonso Núñez, con el singular *Problemático lo acuático*, publicado por Cidcli, y Juana Inés Dehesa Christlieb, con la serie “Caja de Herramientas”, de Editorial Serpentina, que busca divulgar la aritmética y la gramática.

Esta tendencia se ha apropiado incluso del álbum ilustrado, hasta hace poco considerado la forma más alta y perfecta de literatura infantil, seguida de cerca por la novela y luego por la poesía; por ejemplo, en el caso de los libros de Peter Sís sobre Galileo y Darwin, *Mensajero de las estrellas* y *El árbol de la vida*.

Conforme se absorben los recursos de la literatura para transmitir mensajes de divulgación, se desdibujan las fronteras que hacen reconocibles géneros particulares, lo cual mete en problemas a quienes consideran que la clasificación puntual es un atributo importante de las lecturas.

Los padres que buscan materiales adecuados para sus hijos, los maestros que ambicionan insertar textos dentro de los programas de literatura o de ciencias naturales o sociales, y también los libreros y los ven-

dedores cuyos discursos comerciales están contruidos alrededor de ideas concretas, encuentran que los libros inclasificables son... bueno, inclasificables: forajidos, buscapleitos, forasteros, a veces indeseables.

La paradoja que subyace bajo esta inquietud tiene que ver con el estilo de lectura que permiten, o que exigen: una lectura mixta, que combina lo que suele llamarse la lectura literaria y lo que Louise Rosenblatt llama la “lectura eferente”. Mientras que en los textos literarios el lector se concentra en los efectos estéticos de lectura, donde resulta más importante la respuesta emocional que provoca en él, para los textos de divulgación, al menos como se los entiende tradicionalmente; el lector se embarca en una lectura eferente, en la que se prescinde de imágenes y sentimientos para extraer información, ignorar la construcción de significados personales y concentrarse en los datos que un autor impersonal ha decidido transmitir con propósitos que resultan transparentes.

Ninguna de estas definiciones resulta satisfactoria para un lector avezado, que conoce el gozo estético de leer un argumento bien tramado o el asombro y la descolocación que provoca descubrir un hecho insólito acerca de la naturaleza. De manera análoga a lo que sucede cuando nos enfrentamos a uno de esos trucos visuales que nos permiten ver un perfil o una copa, pero no los dos a la vez, es claro en especial para algunos expertos en lectura —a la luz de los fragmentos que abren este artículo— que hay un ir y venir constante entre ambos modos de leer.

Es curioso que se haya establecido para la lectura esta dicotomía un poco forzada entre lo estético y lo “técnico”, por llamarlo de algún modo. Nadie le ha sugerido a los niños que unos excelentes dibujos animados como los de la serie francesa “Érase una vez... el hombre”, que narra la historia de la humanidad (siempre con los mismos personajes), se limitaran a “enseñar”; o que aprender sobre la vida en la edad media o acerca de técnicas pictóricas a través de un cuadro de Brueghel invalidara la experiencia estética; y lo mismo



sucede con la historia de México y los murales de Diego Rivera, y muchos ejemplos más.

Hay algo en la lectura estética que se considera moralmente bueno, y eso conlleva algunos riesgos poco discutidos.

En todos los libros este ir y venir constituye un viaje muy placentero. Los lectores de la serie de Harry Potter terminan conociendo de cerca cómo funcionan los internados ingleses, con sus casas y matronas y muchas formalidades. Igualmente, quienes se sumerjan en una novela de Dickens entenderán bastante bien cómo era la vida en la Inglaterra victoriana.


Es casi inevitable que los novelistas sitúen a sus personajes en entornos verosímiles, y además de que les hagan conocer cosas interesantes sobre el mundo. Quien lea, por ejemplo, los excelentes libros de Geraldine McCaughrean aprenderá sobre el Japón medieval, el Polo Sur y el trágico destino del capitán Oates, y lo mismo le sucederá al leer a Jordi Sierra i Fabra o a muy numerosos buenos autores literarios para niños.

Sin embargo, la negociación nunca es tan intensa como en los libros fronterizos, precisamente porque su ambigüedad nos hace columpiarnos amablemente entre los ires y venires de los personajes que pueblan las historias y los hechos y datos —pero también preguntas y especulaciones e increpaciones— que

retratan fragmentos del mundo real. Y como muestra, y con un riguroso principio de simetría, termina este texto con citas, en este caso de esa cosa que se llama poesía de divulgación y que es el género limítrofe por excelencia:

En el mundo, mis terrícolas,  
la cantidad de agua dulce  
es minúscula, ridícula,  
*dice todo preocupado*  
*Hidrocalido Molécula.*  
Y el total de nuestro cuerpo  
es más líquido que sólido.  
Problemático lo acuático.<sup>1</sup>

\*

Si quieres acaso batallas narrar,  
*de "contra"*, querido, no habrás *de* escapar:  
"Los topos se baten *contra* los tejones",  
"las tropas francesas, *contra* los sajones".<sup>2</sup> 

<sup>1</sup> Alfonso Núñez, *Problemático lo acuático*, por el célebre científico *Hidrocalido Molécula*, ilustraciones de Alberto Gamón, México, Cidcli, 2008.

<sup>2</sup> Juana Inés Dehesa Christlieb, *¿Para qué sirve una preposición?*, ilustraciones de Bef, México, Serpentina, 2008.

